



Andrés Trapiello.

Pocos escritores tan ambiciosos como este incansable diarista, articulista, novelista, ensayista y, antes que nada, como Unamuno, poeta

Pocos poemas de amor podrán superar en intensidad y originalidad (es frecuente que este poeta tan aparentemente poco original haga lo que nadie más que él es capaz de hacer) a «El despertar», que comienza con la prosaica descripción de una escena trivial y poco a poco va elevando el tono sin levantar la voz y al final nos explica la razón de sacar ese privado trozo de dicha «a plaza pública». No menos ejemplar resulta «Los amantes», con su lograda superposición temporal.

No gusta de vaguedades ni de grandes palabras vacías Andrés Trapiello. Prefiere situar su meditación en lugares concretos, encarnar sus preocupaciones. Buena parte de la historia del siglo XX, y de sus calamidades, se resume en un grupo de ancianas, llegadas quién sabe de dónde, que toman el sol en el Retiro («Las tres Gracias») o en una oropéndola que con su «valsar extraño» señala el lugar en que descansan todavía ignorados muertos de la guerra civil («Selgas»).

Hay alacridad e ingenio en **Segunda oscuridad** («Gorriónes del Rastro», los juegos metapoéticos) y ciertos ejercicios de tono menor («Labores del campo», entre neopopularista y juanramoniano, «Agropecuaria», tan **Antonio Machado**), pero son más los poemas que llevan a la perfección una personal manera de entender la poesía. Es el caso de «Rama de cerezo en flor», de «Una carretera», de «Cielo estrellado», de tantos otros. En ellos Andrés Trapiello no remeda a sus maestros: se convierte en uno de ellos.

Pocos escritores tan ambiciosos como este incansable diarista, articulista, novelista, ensayista y, antes que nada, como **Unamuno**, poeta. Hace años que se empeña por ocupar la primera fila en cualquier género literario. Su lema parece ser «más y mejor». En poesía no parece que le tema a nadie, ni siquiera a **Homero** («Águiles en el pago de San Clemente»), ya que sus homenajes son algo más que homenajes: una buscada comparación. A veces sonreíamos ante algún romance de tan reconocible eco («No sé qué son estos lirios / con su crepúsculo a cuestras»), pero más a menudo tenemos que volver a leer el poema (y lo seguiremos releendo) porque no acabamos de creernos que alguien haya dicho con tanta precisión, verdad y belleza lo que hemos sentido borrosamente alguna vez y no hemos sido capaces de decir. Ni de sentir en su plenitud hasta ahora.

## Un mago

Erri De Luca y su esfuerzo por dignificar el mundo con la belleza



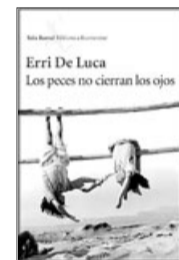
RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

En los últimos doscientos cincuenta años hemos asistido a una serie de complejos procesos en virtud de los cuales el mundo se ha «desencantado». Y no en el sentido usual, cotidiano, de decepción, sino en el más profundo de pérdida del misterio, del enigma. La filosofía mató primero al gran brujo, el Dios monoteísta, insostenible al fin tras el aire puro que trajeron la Ilustración y las lecturas de **Schopenhauer** y **Nietzsche**; el crecimiento exponencial de la ciencia y la tecnología desvelaron más tarde a la Naturaleza, al explicar cada vez con mayor agudeza el álgebra de su comportamiento, mostrando al rey en su esplendorosa desnudez. Quedaba, al final del camino, tenaz y resistente, siempre poco pragmático, el viejo inútil, el arte, y junto a él, una de sus hijas más celebradas: la belleza. Pero buena parte de la teoría estética del pasado siglo nos ha prevenido contra ese fruto delicado y mentiroso. La experiencia de la Segunda Guerra Mundial y sus cumbres de locura atizaron el fuego del debate con singular crudeza. Después de 1945, la belleza se convirtió en una categoría sospechosa.

Resisten hoy dentro de la literatura europea un puñado de escritores, casi todos ellos de culto, que se amparan bajo obras extensas, de décadas en algunos casos, pero recogidas en libros comúnmente breves («Lo bello es difícil», concluyó **Platón** en el **Hipias mayor**), y que se obstinan en celebrar la belleza como elemento irrenunciable de una vocación demiúrgica. Vale decir nula ethica sine aesthetica, fórmula a la que la posmodernidad ha querido defenestrar por activa y por pasiva. Entre los nombres de estos «últimos galos» que resisten el empuje roma-

no y su discurso impostor, **Pierre Michon**, **Pascal Quignard** o quien hoy nos ocupa, **Erri De Luca**.

Si insisto en el asunto de la belleza, es porque **Los peces no cierran los ojos**, la obra del napolitano, es un esfuerzo por asumir la belleza como instrumento de dignificación del mundo y de consuelo ante su aterradora prosa. No hablo aquí de un alivio estéril, como huida de la realidad, sino de una identificación, no siempre sencilla, entre belleza y justicia, entre justicia y poesía, entre poesía y verdad. Las palabras, como se ve, son muy grandes, tanto que asustan, pero De Luca resuelve este viaje por las piedras sagradas del diccionario mediante un libro de un voltaje emocional asombroso y una escritura en estado de gracia.



**Los peces no cierran los ojos**

Erri De Luca  
Seix Barral, 2012

El marco para ello es ese otro espacio sagrado, misterioso, encantado que llamamos infancia, la infancia que se abandona, el quicio entre el niño y el adolescente, el lugar en que el narrador conocerá su primer amor y, con él, la anunciación de un don repetido pero al tiempo único: el primer beso bajo las estrellas. Hölderlin se preguntaba para qué sirven los poetas en tiempos de penuria. De Luca quizá respondiera a esa pregunta con un verbo: para conmovir. A muchos les parecerá equipaje inútil para nuestro viaje, a mí se me antoja la razón misma del viaje.

### La raspa mágica

Charles Dickens

Ilustraciones de F. D. Bedford

Prólogo de Luis Alberto de Cuenca

Reino de Cordelia. 48 páginas. 14,95 euros



### Un cuento de Dickens con dibujos de Bedford

El humor, la fantasía y el detallismo que son marca de la casa se dan cita en **La raspa mágica**, cuento que **Dickens** publicó en 1868 en una revista norteamericana. El relato se supone salido de la pluma de una princesa de 7 años, Alicia, cuyo padre, el Rey, humilde funcionario, tie-

ne dificultades para sacar adelante a su familia. La historia fue reeditada en 1921, con las magníficas ilustraciones de **Francis Donkin Bedford** —una de ellas junto a estas líneas—, que Reino de Cordelia ha reproducido con mimo para honrar el segundo centenario de Dickens.



### Pequeñas historias de la calle Saint-Nicolas

Line Amselem

Traducción de Line Amselem

Xordica. 232 páginas. 18,95 euros

### Memoria hipnótica de una niña sefardí en París

París, años 70. **Line Amselem** (1966), una niña de siete años hija de inmigrantes sefardíes venidos de Marruecos lleva, como tantos parisinos, una vida de estrecheces. Los turistas deslumbrados por el monumental espectáculo de la ciudad del Sena nunca llegarán a imaginar esas existencias. Tener la letrina en el descansillo

de la escalera es un problema demasiado presente en algunos distritos de París, pero lo agrava residir en el segundo piso cuando sólo disponen de ella los impares. Line, sin embargo, es una niña alegre. Al menos así la recuerda la Line adulta, que en este libro de recuerdos se revela como una memorialista de primer orden.



Amselem ha descompuesto sus recuerdos en pequeñas piezas vibrantes que sabe ofrecer con todo detalle pero con una prosa precisa que huye de la grandilocuencia o la queja autocompasiva. El resultado, y no exagero nada, es hipnótico.